BIBLIOTECA «TEATRO URUGUAYO» N.º 12

ALBERTO T. WEISBACH

RESACA

BOCETO DRAMÁTICO EN UN ACTO

O. M. BERTANI — EDITOR

1912

775-080

9552

RESACA

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/resacabocetodram00weis

BIBLIOTECA «TEATRO URUGUAYO» N.º 12

ALBERTO T. WEISBACH

RESACA

BOCETO DRAMÁTICO EN UN ACTO

ESTRENADO EN EL «TEATRO NACIONAL»
(CORRIENTES) DE BUENOS AIRES,
EL 14 DE NOVIEMBRE DEL AÑO 1911

O. M. BERTANI
EDITOR — MONTEVIDEO
1912

Talleres gráficos "El Arte", de O. M. BERTANI.— Reconquista, 195

A Julio M. Lanza
en prueba de amistad.

EL AUTOR.

PERSONAJES

BEATRIZ. — Ex-mujer de mancebía, esposa de Faustino. 30 años
FAUSTINO.— Tipo de jornalero. . . . . 30 »
PANTALEONA.— Vieja de mala fama . . . . . 60 »
NICANOR.— Tipo arrabalero . . . . . 25 »
FLORA.— Mujer de Nicanor. . . . . 25 »
DON GUIDO.— Padre de Faustino. Tipo de viejo extranjero. Hablará con ligero acento italiano . . . . 70 »
RESACA. – Querido de Beatriz . . . . . 30 »
MARÍA ESTER.— Cocotte . . . . . 25 »
PRIMOGÈNITO BORDONA.— Guitarrero.

INVITADOS e INVITADAS

678242

PRELUDIO

(ANTES DE LEVANTARSE EL TELÓN PARA "RESACA")

Bien se me alcanza que en estas cuatro palabras puestas a guisa de preludio sinfónico, no antes de levantarse el telón, como impropiamente escribo en el título, sino anticipándome a los lectores de «Resaca» para hacerles con la espera más sabrosa la lectura, no ha de tejer armonías la pobreza de mi léxico, ni ha de arrullar mi prosa huérfana de musicalidad y de belleza. Pero por mucho que desafine el caramillo humilde de mi estilo, por más que se me escape el aire, como a mal tañedor, desafinaciones y fallas han de escudarse en la buena voluntad que informa esta salida de tono y en el sincero entusiasmo que pongo en elogio del autor de «Resaca». Ante todo, quien tal obra compuso, une a sus cualidades de dramaturgo y de escritor formal, una modestia exagerada y una excesiva bondad. Porque sólo un hombre muy bueno y muy modesto, tras de escribir primorosamente una obra criolla, da en la peregrina ocurrencia de pedirle prólogo a quien no es nacional (que fué en el lejano Perú, donde mi malaventura me

cargó con el peso de la vida), ni es autor, pues no he de creerme tal por media docena de obras aplaudidas. ¡Se prodiga tanto el aplauso, en estos menguados tiempos teatrales de las comedias sin arte y sin héroe, sin intensidad y sin grandeza, con su clarito de luna y su caída de sol, y su musiquita interna, y su decoración de cromo barato, y su retruécano pobre de ingenio, que no vale ufanarse por las llamadas a escena de la gente regocijada y poco meditativa, ni por los elogios a base de lugares comunes, que urde pedestremente la amistad de unos gacetilleros, ayunos de cultura, a quienes la osadía y la despreocupación elevaron a críticos! Pero, ato los menos, no me lleve a divagar mi saludable mamá del varapalo, y vuelva al autor de «Resaca», a quien el tiempo y los triunfos curen de su modestia y Dios pague el favor con que me halaga.

«Resaca» es el acierto de un autor dramático ya hecho y derecho y el fruto casi maduro de un escritor. Mi capacidad de admirar lo bueno — ¡mi gran orgullo! — corre pareja con el deseo de censurar lo malo, y mi amor al arte llévame a navegar por todos los mares y en todas las barcas, cuando el remero artista pone rumbo hacia un puerto de Belleza. No importa, pues, si un aristocratismo espiritual — que no sé de donde me viene — háceme preferir los poetas cortesanos a los bardos civiles; los mantos de armiño, los cortejos brillantes, el pórfido de los palacios y la pedrería de las coronas, a la igualdad democrática de las muchedumbres republicanas, y el salón tibio y blando de tapices sinuosos y de vasos artísticos con aromosas rosas, a la ta-

berna maloliente y a la crápula criminal de los mundos zolescos; no importa, repito. Yo me hallo muy a gusto en el medio en que «Resaca» se desenvuelve y no me asquea la proximidad de una buscona y de toda su corte de malandrines ya que entre ellos asisto a un dolor humano que se hace emoción estética y a un retazo de vida, de cierta vida, que siendo mala, tórnase en buena al convertirse en Arte. Antes bien, aplaudo al autor que conociendo un ambienie y sintiéndolo, nos lo supo ofrecer, y al pintar un cuadro realista, fiel y bellamente, hizo labor htstórica para lo porvenir. Todo el que en la novela, en el cuento y en el teatro describe costumbres, «hace historia». Pero no es esto lo único que hay en «Resaca», no; hay una tragedia pasional diestramente conducida, hay el acierto psicológico de un tipo de mujer, y hay — a mayor abundamiento — un suave aroma de romanticismo poético en el dolor del amante traicionado, que perfuma y embellece un ambiente de pecado y de crimen.

Una hembra, una mala hembra, solicitada por un amor y un deseo, abandona aquel y huye tras el vicio, porque es medulamente viciosa, y lo lleva en lo más hondo de su espíritu, en las fibras más recónditas de su carne pecadora. Tal el asunto que no puede ser más vulgar; pero por esto precisamente compláceme el crítico y el observador, viendo que sobre un conflicto trillado, ha puesto el arte la sabia novedad de su procedimiento. Y el triunfo no es de la vida que ofreciera casualmente un nuevo aspecto, sino del arte que remozó, con un hálito de personalidad, la vieja historia de amor,

de lujuria y de celos. Quiso el autor de «Resaca» pintar la ramera criolla, y tanto ahondó en su psicología, y con tal solicitud se puso a observarla y describirla, que le salió un tipo de ramera universal dolorosamente verdadero, y eterno, porque serán diversos el cuadro y el atavío, pero el espíritu es uno, y en la moza América, y en la anciana Europa, mal cubierta de harapos o envuelta en pieles y sedas, ora sin más adorno que una flor natural salpicada de fango, cuanto resplandeciente de joyas que compró con placeres, el alma de la hetaira es la misma, pronta al llanto y a la alegría, fácilmente sentimental, fácilmente cruel, caritativa de sus bienes y de su cuerpo, inconsciente en su maldad, inconsciente en su bondad, dócil tan sólo al reclamo de su temperamento, a la necesidad de aturdirse cambiando de vida y cambiando de besos. Y la eclosión de romanticismo enfermizo a que da lugar esta mujer, lo doloroso del conflicto, son nuestros, son de todos nosotros los sentimentales, los eternos románticos, los que por ser buenos sentimos la necesidad de querer y sufrimos los rigores de una esquiva fortuna y tuvimos una mujer amada, en cuyo tenebroso pasado hubo otro amante que se hizo instrumento del destino para aniquilarnos la vida.

Por eso creo que tal tipo de hembra bastaría por sí solo para hacer la reputación de un autor; pero el ingenio que me ocupa fué pródigo y generoso y nos dió en «Resaca» varios personajes distintos con brochazos de maestro. Porque están vivos todos los muñecos de la arsa; vivo aquel viejo genovés patriota y amoroso que

llama con sus consejos al inseguro corazón de su nuera; vivo aquel bailarín que cifra en la «quebrada» y en el «corte» todas sus vanidades; vivo aquel guitarrista pedante y sin habilidad; viva aquella vieja celestina, zurcidora de voluntades, «per nativitate», por afición, porque algo le toque de la alegría agena; vivo aquel «Resaca» fanfarrón y cobarde, carnal y sinvergüenza, que taimadamente persigue gozo y lucro. Y son todos «resaca», escoria, basura, abono inmundo para la tierra del crimen. En la pintura de estos tipos que el autor conoció ó adivinó, fué sobrio y no extremó la comicidad, no olvidó nunca que no era un sainete, sino un boceto dramático lo que se había propuesto llevar a cabo.

Pido perdón al autor de «Resaca» por haber clasificado su obra; es grave ofensa la que le hago, sugestionado por la fuerza dramática del desenlace. «Resaca» es una comedia, porque comedia considero yo, sin clasificar, en el sentido de farsa, lo mismo los conflictos incestuosos, con carátula y coturno de Esquilo y Aristófanes, que las humanas pesadillas de Shakespeare, que el discreto aristocrático de Benavente, que ese teatro «sin Génesis», mezcla de grotesco y trágico, de drama y sainete, en el cual nos ofrece para lo futuro—cada vez con mayores seguridades de cumplimiento—una obra definitiva el talento vigoroso y desorbitado de Carlos María Pacheco.

Pláceme insistir en las dotes de sociólogo y de escritor de quien compuso «Resaca». El llanto de Beatriz, la falsa sinceridad de su arrepentimiento en el bellísimo diálogo con el viejo genovés, son de una propiedad ad-

mirable en el alma un tanto hiperestésica de la buscona, y la inmovilidad del intruso ante la repentina violencia del marido — pasajeras rebeldías de abúlico y de vencido — es un acierto de observador que sorprendió la verdad, «Resaca», ante el revòlver que le apunta, no huye porque el miedo le paraliza, y solo al llanto del rival, cuando éste deja caer el arma, susurra cobardemente, deseando huir, «veni, dejá a ese loco.» En cuanto al diálogo, por encima del lenguaje «lunfardo» — exigencia del ambiente — se advierte una difícil facilidad, un cuidado en la arquitectura de la frase que honran a su autor, y le colocan a muchos codos de una mayoría ilustrada que no acierta a escribir con claridad ni siquiera una estación y plaga sus diálogos de cacofonías, barbarismos, durezas e impropiedades.

Por eso en el teatro nacional — salvo excepciones muy contadas — cuando no se ha tejido la acción a base de sorpresas escénicas, la letra, la frase, alma de la acción y causa de ella, languidece por ausencia de idea de línea y de color. No se le puede afear el diálogo á quien como el autor de «Resaca» realiza prodigio de colorido y de animación por lo pintoresco del lenguaje, en su popular descripción del tango criollo, que es un modelo del género.

Yo no sé si mi prologado es virtualmente un literato, no se, que no le conozco bastante, si se ha nutrido en clásicas lecturas; pero necesariamente creo — por lo menos en su instintivo buen gusto, en su innato sentido de la prosa artística. Y en él es precioso regalo que viene de añadidura; completamente instintivo fué el más

grande de los ingenios teatrales de esta tierra, y abierto a todas las influencias, buenas y malas, sin literatura pero con talento — no lo olvidéis, queridos compañeros, con talento que no es enfermedad contagiosa, ni es virtud que se imita — nos regaló las escenas de «La Gringa», de «Barranca Abajo» y de «La Tigra».

«Resaca» tiene sus defectos, como obra del humano ingenio. Ante todo... ¿Por qué esa división del escenario en dos mitades? Pudo el autor ahorrarse ese «vieux jeu», ya que un lado nada ocurre, y la nota de color, acertadísima, de la entrada de los «farristas», pudo explotarse igualmente con un foro amplio y un fondo de paisaje.

Acaso se excedió el autor en la crudeza de algún chiste — ¡pícara preocupación del público! — y, sin acaso, pecó al limitar a un acto, a un boceto demasiado extenso, lo que pudo ser un breve dramita en dos actos. En el mutis de «Faustino», al pregón de «Resaca», pudo terminar brillantemente el primero, y empezar el segundo con la visita del «malevo Don Juan», suprimiendo el monólogo de la característica — que no hacía falta recargar la pintura — única falta de sobriedad — de un tipo secundario — y la intervención de una cocota completamente ajena al desarrollo de la acción. El tiro final también debió suprimirse: la moralidad de las obras de arte no me preocupa, pero tras de la huída de Beatriz, al renunciamiento del marido engañado, ha perdido el conflicto todo su interés, y pudo terminar la obra con más serena hermosura sin el obligado remate criminal. Estos dramas de bajo ambiente son de la predilección

del pueblo, y conviene que el pueblo se haga al convencimiento, que ni con amenazas, ni con puñaladas, ni con tiros, puede cambiarse la resolución de una mujer que dice leal y cruelmente, «no te quiero». El olvido es una virtud de luchador y de fuerte, y aun no teniendo la fuerza de sentirlo, es noble predicarlo.

En resumen: no se trata de una obra trascendental, ni de grandes ideas, ni que resuelva un problema social; pero el cuadro de costumbres fué bien pintado, y acertó en él la triple personalidad — acaso inconsciente — de un psicólogo, de un observador y de un artista.

La noche del estreno, aun cuando el ruido de la detonación rompiera en parte el encanto, devolvió la emoción el valor de la frase — ¡oh divino poder de la palabra! — y mientras Argentino Gómez, con sincera ficción decía: «se llevaba mi amor, porque yo la quería, padre, yo la quería», lloré yo también sinceramente, como si fuere mío aquel amor perdido que se llevaban.

Luego busqué una impresión en los rostros de los espectadores, y me pareció ver que florecía la sonrisa de una esperanza entre las doctas barbas de aquel gran espíritu que se llama Joaquín de Vedia.

El autor de «Resaca» me ha pedido este prólogo y es un hombre excesivamente bueno y excesivamente modesto. Es grande y vigoroso, pero sonriente y suave, y tiene la bondad de los fuertes. Y a pesar de su apellido germánico, de su aspecto teutón, de su bigote a lo «Kaiser» rubio, como aquella amarga cerveza en cuyo pozo duerme toda la filosofía de Nietsche y de Shopen-

hauer, está lleno de efusividades de latino. A estos últimos debo el honor de escribirle un prólogo, de poder, al dejar esta tierra donde sufrí la independencia de todos mis «compañeros» y me halagó el cariño, solo el cariño, del público que compadecía mis estrenos, decir cuatro palabras buenas pensando en los días futuros del teatro nacional. Yo hubiera querido decirlas antes, pero un sentimiento de justicia y el valor de mi sinceridad se opusieron a mi buen deseo.

Al autor de «Resaca» le debo esta satistacción: la de aplaudir con toda mi alma. ¡Muchas gracias!

FELIPE SASSONE.

B. Aires, 3 - XII - 911.

ACTO ÚNICO

(La escena dividida en dos. A la derecha una pieza pobremente arreglada, aunque con la coquetería habitual de la mujer de prostíbulo. Una cómoda con espejo. Frente a ésta, casi al centro, una mesa, sillas y sobre una de éstas una muñeca. Ventana al fondo. Una puerta a la izquierda que da al patio y otra a la derecha que da al interior. Aquélla en primer término y ésta en segundo. Ambas practicables. A la izquierda, un patio. Una pared baja al foro, que da a la calle con una puerta al centro.)

(Izquierda y derecha la del actor.

ESCENA I

Pantaleona y **Beatriz**

(Al levantarse el telón, aparecerá Pantaleona sentada a la mesa, dando frente al público, comiendo con voracidad.)

BEATRIZ.— (Por derecha.) ¡Pucha! ¿No has aca-

bao todavía? Hace media hora qu'estás tragando! (Toma una silla y se sienta negligentemente en primer término, dando frente al público.)

PANTALEONA.—(Sin dejar de masticar.) ¡Estaba con un'hambre!

BEATRIZ.—¡No sé!... ¡Cualquiera que te oiga va'creer que hace ocho días que no comés!

PANTALEONA.—No todas podemos ser como vos, que te alimentás del aire, como los molinos e'viento. A mí, ya me estaría bailando un ojo de debilidá. ¡Te has pasao el día con dos mates! ¿Por qué no probás un pedacito? ¡Así frío, está más rico el estofao! ¿Querés?...

BEATRIZ.—(Fastidiada.) ¡Ya t'he dicho que no! ¡Dejame y apurate! No quiero que venga el otro y te encuentre con la mesa puesta.

PANTALEONA.—(Limpiándose la boca con el delantal.) Bueno... ya me siento mejor. Ahora... un traguito e'vino y ya está! (Se sirve en la copa y bebe, haciendo al final un chasquido con la lengua. Se pone de pie y tomando la fuente con los restos de la comida, hace ademán de guardarla.)

BEATRIZ.—¡Tira todo eso a la basura!

PANTALEONA.—¿No vas a guardar algo pa tu marido?

BEATRIZ.—¡No quiero que guardés nada! ¡Que le

den de comer por áhi!... donde ha pasao la noche.

PANTALEONA.—(Aparte, oliendo la fuente.) Me lo guardo; mañana va'estar güeno todavía. (Vase al interior y reaparece enseguida, poniéndose a levantar de la mesa los platos, vasos, etc., y un diario que ha servido de mantel.) Estoy pensando, ché, en la que hubiera armao tu marido anoche si le abrimos. Pa mí que se fué, siguro de que no estábamos y él ya sabía que teníamos tenida en lo de Pereyra, que si llega a darse cuenta que no le queríamos abrir... ¡mamita! ¡le priende fuego a la casa! ¡Mirá! qué querés... anoche por la primera vez dende que se ha casao con vos, me dió miedo Faustino. (Al ver a Faustino por la ventana, dice a Beatriz en voz baja y pavorosa.) ¡Ahí está!... (Queriendo huir al interior.)

BEATRIZ.—(Imperiosamente.) ¡No te movás de aquí vos!...

ESCENA II

Dichos y Faustino

FAUSTINO.—(Entrando lentamente, con paso algo inseguro, dando la impresión de que viene

con los humos de una borrachera y después de pasear una mirada dura entre una y otra.) ¿No me han sentido golpear anoche?

BEATRIZ.—(Lo mira iracunda sin articular palabra.)

FAUSTINO.—(Levantando la voz.) ¿No me sintieron anoche? ¿Se habían muerto? (A Pantaleona.) ¿Vos tampoco?... ¡La gran perra! (Da un golpe de puño sobre la mesa.) ¡Otra vez, voy a voltear la puerta abajo, pa que no sean tan sordas! ¡Yo les voy a enseñar quién es el que manda en esta casa! (A Beatriz.) ¿Me entendés? ¡A vos te hablo!

BEATRIZ.—¡Gritá más si te parece! ¿Todavía te dura la tranca o t'estás haciendo el loco?

FAUSTINO.—(Colérico.) ¡Yo mando aquí!...

BEATRIZ.—¡No vengás haciendo paradas aura! ¡Si te conozco bien, cuando perdés la cabeza! ¡Ya sé que me la tenés prometida! Pero mirá: otra vez que traigás las intenciones de anoche, no andés alardeando de matón en el boliche'el tano dos horas antes como lo has hecho, porque ya sabés que nunca falta un comedido pa traer la noticia. (Con altanería.) ¡Pero no te vas a creer que fué por miedo que no te abrí!

FAUSTINO.—(Hace un leve movimiento de cabeza.)

BEATRIZ.—¿Sabés? ¡Porque no me ha dao la real gana! ¡Pa que aprendás!

FAUSTINO.—(Como hablando consigo mismo.)

¡Ah!... entonces me sintieron... (Breve pausa. A Beatríz.) ¿Así es que no has querido abrirme con toda intención, no?

BEATRIZ.—¡Como lo has oido!... (Provocativa.) ¿y qué?...

FAUSTINO.—Nada.. pa saberlo nomás... (Pausa. Reconviniéndola con amargura.) No te ha bastao con lo que has conseguido hacer de mí, dominao como me tenés, hecho un perdido y un desgraciado, que todavía te quedan ansias como a la hiena... Aguzaste tus mañas de gata vieja, hasta hacerme caer en el lazo, pa esto!... ¿verdad? Cómo supiste aprovechar mi poca experiencia de la vida, el no saber lo que era, cobijarse bajo un techo honrao con una mujer de tu calaña... ¡Ah!... Sos vos aquella pobre mujer que la maldá de los hombres l'había tirao sin lástima all'abajo, al final de la cuesta, entre el vicio y la infamia y que ansiaba una mano generosa en que afirmarse pa treparla, pa vivir otra vida all'arriba, la verdadera vida, pa la que tenía grandes inclinaciones por la razón de su buen sentir... Eras vos, aquella pobre mujer, que me apretaba loca entre sus brazos y que hasta por el amor de Dios, me lloraba la llevara a lo alto. ¿Pa esto, verdá? ¡Es natural! Logrado todo, a la medida de tus deseos, un nombre, un hogar, uua pantalla en fin, ha quedao colmada tu

ambición mezquina. ¡Ahora a lo de antes! ¡Con toda impunidá! ¡Venga ahora toda esa grey que siempre te rodeó! Toda esa resaca, en la que confundías tu miserable responsabilidá, y pa completar el cuadro, hasta esa madre postiza, (Señalándola.) que ahí la tenés, ¡encubridora y cómplice de tus porquerías! ¡Esa es tu vida!... ¡A vivir así! ¡Hasta que se acabe todo! ¡Todo!... (Vase por derecha al interior.)

PANTALEONA.—(Sigue con la vista a Faustino, después desvíala fijamente hacia el público y por último haciendo un gesto de desprecio, dice a Beatriz indiferentemente.) ¿Querés mate?

BEATRIZ.— (También indiferente, cínica, se cruza de piernas y enciende un cigarrillo.) Cebalo...

PANTALEONA.—(Preparando el mate.) ¡Ahi tenés! los consejos del maestro, el gringo falso ése... ¡tu querido suegro! Conque... su hijo no sabe hacerse respetar; que vos hacés lo que te da la gana porque él es demasiado güeno; que no tiene corazón pa ponerte a raya, y... qué sé yo lo que anda hablando por ahi... Que su hijo se ha entregao al abandono por culpa tuya y que él ya sabía que al casarse su hijo con vos iba'ser un desgraciao!... ¡Es claro! El otro oye estas cosas y le priende al alcohol pa criar coraje y dártela el día menos pensao.

BEATRIZ.—(Burlescamente.) Ganas no le han faltao y siempre, no es de áura. ¡Pero no se va'nimar conmigo, perdé cuidao!

PANTALEONA.—La zonza has sido vos. Aura lo estás pagando. ¡Y bien hecho! Qué necesidá tenías de ensartarte... ¿querías un apellido honrado? ya lo tenés. Con eso podés comer y pasar una vida tranquila. (Con sorna.) Como la que estás pasando.

BEATRIZ.—(Con fastidio.) Bueno... ya está hecho· (Amenazante.) ¡Ah!, pero te aseguro qu'esto no va a seguir así... ¡Eso sí que no! ¡Todavía no me conocés a mí!...

PANTALEONA.—Salí, no me hagas reir, que se m'echan p'atrás las orejas como a los burros. No te vi'á conocer... y anoche perdimos la farra en lo del negro Pereyra, ¿por qué?

BEATRIZ.—¿Habrá sido por miedo?...: Como salió fresco crei qu'iba a volver temprano. Que si sé que se m'iba a presentar a media noche y en ese estao...

PANTALEONA.—¿Le pensabas pedir permiso?

BEATRIZ.—¿Permiso?... pa que viera que no m'iba juida al baile, pa eso lo esperaba.

PANTALEONA.—Sí... ¿y dispués?

BEATRIZ.—¿Dispués?... ¡por qué no saliste vos que sos tan guapa! Estuviera tan sigura de que no ha dejao de rondear la casa en toda la noche...

ESCENA III

Dichos, Nicanor, Flora y después **Don Guido**

(Nicanor y Flora aparecen por el foro y llaman a la puerta de la habitación.)

FLORA.—¡Ave María!... Beatriz!...

NICANOR.—¡Ave-chucho... Pantaleona!...

PANTALEONA.—(Abre apresuradamente y al reconocer a los recién llegados.) ¡Ave-chucho, tu agüela!

BEATRIZ.—¡Adiós... yunta... Adelante!

FLORA.—¿Cómo te va, ché. (Con marcada ironía.) Señora... (Danse la mano y Pantaleona arrima sillas,)

NICANOR.—No se amoleste vieja. Venimos de pasada, vamos a buscar a los muchachos. porque... ¿me supongo que siempre estarán dispuestos pa la guitarreada?...

PANTALEONA.—¿Y sinó?... pero todavía es temprano... sientensén un ratito...

BEATRIZ.—¿Estuvieron en lo de Pereyra?

NICANOR.—¡No saben lo que han perdido! ¿Por qué no vinieron anoche? ¡Qué farronga! ¡Nos hemos escabiao seis porrones de ginebra!

PANTALEONA.—¡Mirá! ¡Cómo habrá estao!

NICANOR.— ¿Por qué no fueron?

PANTALEONA.—(Por Beatriz.) Esta zonza...

BEATRIZ.— Estuve esperando a Faustino... dispués se me hizo tarde y ya no quise dir.

NICANOR.—¡Ah, pero estuvo debute! ¡El negro casó un curdelón de la madona y la que se armó! preguntelén a ésta. (Por Flora.)

BEATRIZ.— ¿Hubo bochinche?

FLORA.—Podés imaginarte. ¡Vos sabés la bebida que tiene el negro!... Ya estaba muy puntao cuando nosotros cáimos y la motuda pior qu'él.

BEATRIZ.— ¡Ah! ¿también?

FLORA.— La pobre con la tranca le había dao por celarlo conmigo y...

NICANOR.—¡Se la ganó!... Se le durmió en los lomos con la retranca de ordenanza...

PANTALEONA.— (A Nicanor.) ¿Y vos? ¡qué milagro tan fresquito que has salido!

FLORA.— Trabajo me ha costao. Sabés que éste no puede tomar nada. El médico se lo ha prohibido desde que estuvo tan mal. Pero si me descuido...

NICANOR.—¡Salí, no macaniés!... Si vos te descuidás. (A Pantaleona.) No tomo más, vieja. ¿No sabe que he dejao la bebida?

PANTALEONA.—(Con ironía.) Sí, creo que lo he léido en *La Prensa.*

NICANOR.—¡No!... de veras... ¿Se acuerda dende aquella loba que se armó en lo de la vieja

Ruperta? dende entonces no tomo ni agua.

BEATRIZ.—¿Nos acompañan a matear?

NICANOR.— ¿Y cómo le vá?

PANTALEONA.—Ni se pregunta, ¿no es verdá, Nicanor?

NICANOR.—¿Pero amargo, eh? Ya sabe vieja que somos de los de güena cepa.

PANTALEONA.—Como aquellos que te sabía servir, ¿no?... ¡P'apagar incendio!

NICANOR.—¡Eso es!

PANTALEONA.— Cuando te levantabas de una tranca... (Vase al interior.)

BEATRIZ.—Entonces... ¿bailaron mucho, che? Contame.

FLORA.—No perdí pieza. ¡Y hubiésemos seguido, quién sabe hasta qué hora! si no fuera la macana'el negro.

BEATRIZ. - ¿Pero qué le dió por celarte a vos?

NICANOR.—La culpa la tiene ésta. Yo se lo decía, no quiero que bailés con naides...

FLORA.—No sé cómo me iba a negar a bailar con el dueño'e casa... ¿Dónde has visto eso vos?

BEATRIZ.— Y de bailarines, ¿qué tal estaba?

NICANOR.—Había'e todo. Estaba el pardo Samuel que baila regular... Taquito que no es malo...

FLORA.—El tano Vicente...

NICANOR.—¡Ah! es cierto. Ese es buena pierna. Pero vea Beatriz, no es por querérmelas dar de cascarriento, pero tampoco quiero

pasar por lo que no soy. Yo con ésta, al que raye! (A Beatriz.) Usted lo sabe bien. (A Flora.) ¿Verdá mi lora? ¡Pucha! eso no más que me cuadro, antes de romper con la media güelta y el amago... (hace el corte.) todo el mundo para la oreja y no se oye decir otra cosa: ¡Manyalo a Nicanor! ¡Ese. . nene...! ¡Delen cancha!... y una punta de flores más, que le hacen hormiguear el cuerpo a uno, de puro sarnoso... Y cuando me entono y me largo con una corridita *Palé de glase* y güelta a cuadrarme, hay que vérmelas!... Ésta pega un colazo bandeador y queda clavada a mi lao sin pestañar un ojo, pendiente de una mueca'e complacencia que ella satisfecha me adivina, porque... yo soy más serio que una misa'e cuerpo presente. Sobre el pucho, le marco un balanceo de nodriza extranjera y a renglón seguido, dos sentadas hasta el garrón que marcan las doce con reló parao, mientras ésta se me priende nerviosa, clavandomé en los míos las dos niñas comadronas de sus ojos y refilándome un suspirito tibión, de esos que se cuelan en el alma haciéndole cosquillitas y que le convierten la nariz en cuenta gotas a uno, de puro gusto...

PANTALEONA.—(Apareciendo con el mate.) Limpiesé compañero que me va'babiar la bombilla...

TODOS.—(Bien.)

PANTALEONA.—¡Tome! (Le da el mate a Nicanor.) Un amargo, pa que no se le vaya a formar un colmenar con tanta babita dulce.

GUIDO.—(Aparece por la puerta del foro.)

PANTALEONA.—(A Beatriz.) ¡Che, tu suegro!...

BEATRIZ.—(Con desprecio.) ¡Psi!... dejalo...

GUIDO.—(Con ligero acento italiano.) Buen día...

NICANOR.—¡Salú!

PANTALEONA.—¡Qué dice, don Guido!

GUIDO.—¿Está en casa Faustino?

BEATRIZ.—¡Sí... pase!

GUIDO.—Con su permiso. (Don Guido pasa al interior, desapareciendo por segunda derecha.)

PANTALEONA.—¿Y éste? (Señalando para el lado que desapareció don Guido.) Seguro que el otro ya le fué con el cuento de lo de anoche.

BEATIRZ.—¡Bah!... ¡No sé qué cuento le puede haber llevado! ¿Que h'andao toda la noche borracho en la calle?...

NICANOR.—¡Ajá! ¿Conque también al hombre le había sabido gustar el alpiste?. . o es... caña...mones como a los loros?...

BEATRIZ.—Como que era lo único que le faltaba al caballero ese. ¡Me tiene más aburrida!

FLORA.—No sabía que tomaba.

PANTALEONA.—Le ha dao por ahi ahora. Pero es borracho fino, no toma por vicio, es por matar penas!

BEATRIZ.—Sí... fijate que anda por ahi diciendo

eso. ¡Haragán! que lo han echao de la imprenta por inservible, y yo vengo cargando con el muerto. Que yo l'he quitao la voluntá p'al trabajo, que no he podido olvidar mi pasado, que soy una dejada y una sucia, que soy esto, que soy el otro y que por causa mía se ha entregado al abandono.

FLORA.— Fijate...

BEATRIZ.— ¡Ah! no sabés vos. No hay un rato de tranquilidá en esta casa. Que lo mato a disgustos y que por eso toma...

PANTALEONA.— Sí... cuando no le da por hablar demasiao y empieza por lo otro...

BEATRIZ.— (Con visible turbación.) ¿Qué otro?

PANTALEONA.— ¿No sabés?

EEATRIZ.— (Alterada.) ¿Qué hablás vos? ¿qué otro?

PANTALEONA.— ¡Bah! ¡a ver si te vas a hacer la zonza! ¿Qué otro va a ser?

BEATRIZ.— ¡Estúpida! ¡No sé por qué me voy a hacer la zonza!

PANTALEONA.— Parece que anduvieras con miedo de decirles la verdá a éstos... ¡Cómo si no lo supieran! (A Flora y Nicanor.) La bronca de ayer fué por eso. Yo estoy cansada de decirle a ésta que no lo reciba aquí.

NICANOR.— ¡Ah!... ¿Resaca?...

BEATRIZ.— Sí... Yo no lo voy a echar... el otro lo que quiere es que no lo reciba. Y al fin, ¿por qué? ¡Si no le gusta que reviente! Yo

no me voy a privar del trato de mis relaciones, porque a él se le ponga nomás.

NICANOR.—¡Oigalé! ¡así me gusta! No se deje ensillar por náides, Beatriz. ¡¡No sea otaria!! Pa eso usted tiene los mismos derechos qu'él. ¡No le afloje, bien hecho!

FLORA.—¡Callate vos, sanagoria!

GUIDO.—(Reapareciendo por derecha, a Beatriz.) ¡Beatriz! Necesito hablar dos palabras con usted a solas.

BEATRIZ.—(Con mal modo.) ¿Qué quiere? bueno' ya voy...

GUIDO.—(Como si no la hubiese oído.) Si... los señores permiten?

BEATRIZ.—(En el mismo tono.) ¡Ya voy! le digo...

GUIDO.—Se trata de algo serio...

(Nicanor y Flora se ponen de pie.)

NICANOR.—Güeno... nosotros nos vamos...

BEATRIZ.—¿Por qué se van a dir? ¡No faltaba más! (A don Guido.) ¡No le han dicho que espere!...

GUIDO.—(Inmutable.) Sus amigos comprenden y reconocen más que usted. Saben que estas cuestiones en familia hay que arreglarlas sin espera, porque a cada minuto que pasa se agrandan y después, cuesta más el arreglo... si no llega el caso de no tener más compostura.

FLORA.—Está bien, señor... ya nos vamos.

BEATRIZ.—¿Por qué se han de dir? ¡Qué embromar!

NICANOR.—¡No!... si viene bien! tenemos que dirnos a buscar a'quellos, pues!... Mejor! Aguantelé la lata áura, pa que así quede libre pa más tarde.

BEATRIZ.—(Aparte a Flora y Nicanor.) No se vayan a dir por ese viejo zonzo...

FLORA.—No m'hija, no!... Si lo mismo no'íbamos. Hemos quedao con las muchachas en que yo iría con éste a buscarlas.

BEATRIZ.—Ah güeno... si es así...

FLORA.—(A Beatriz, tendiéndole la mano.) Güeno ché...

BEATRIZ.—Los voy a'compañar hasta la esquina.

FLORA.—¡Hasta luego Pantaleona!

PANTALEONA.—¡Vayan por la sombra!

NICANOR.—¡Adiós vieja! (A don Guido.) Salú don Guido... (Vánse acompañados por Beatriz, hasta la puerta del foro.)

PANTALEONA.—(A don Guido.) ¿No ha oído que lo han saludao?

GUIDO.—Qué me importa a mí de su saludo...

PANTALEONA.—¿Esa es toda la educación que le han enseñao allá in Italia? Suerte que ha sido máestro'escuela, que si se hubiera dedicao a criar chanchos...

GUIDO.—¡Cállese un poco, india!... Que más se quisiera usted.

PANTALEONA.—¿India? Pero estoy en mi tierra,

¿sabe? ¡No voy a matarme el hambre a la suya!

GUIDO.—¡Hum!

PANTALEONA.—Así son estos gringos.

GUIDO.—Pero callesé un poco... vieja pintarrajada!

PANTALEONA.—¿A mi con malas palabras? Más rajao será usted!

GUIDO.—Si no fuera por nosotros los gringos todavía andarían vestidos... de desnudo, ustedes. Nosotros hemos traído la civilización aquí, y por eso... son medio gentes!

PANTALEONA.—¡La cevelización! ¡Quien los oye! ¡Gringos asesinos! Esa es la cevelización que nos han traido. ¡Enseñarnos a desollar cristianos! No hay más que leer las noticias de policía en los diarios. Que fulano ha muerto a su mujer, a la suegra, al cuñao y seis hijos... ¿qué es? ¡Italiano! Que otro fulano le bajó las tripas a otro farabuto, por cinco centavos... ¡Italiano! Que un mengano de un mordizcón le sacó la oreja a un cavallería de esos... ¡Italiano! Que merengano...

GUIDO.—(Interrumpiéndola.) Que merengano le roba el dinero a su patrón para jugarlo a las carreras... ¿Qué es? Que un fulanito ha sacado un facón y le da un tajo en la facha a un pobre diablo que pasa... ¿Qué es? Y que otro montón de fulanitos se meten en un negocio y rompen todos los espejos...

¿Qué son?... ¡Indios! ¡Manya puchero como usté!

PANTALEONA.—Y bien que se habrá lambido usté cuando vino a esta tierra y probó el puchero. ¡Ustedes! ¡Que desde que nacen en vez del pecho le dan a chupar un tallarín!...

GUIDO.—¡Bruta india!...

PANTALEONA.—¿Bruta india? eso lo copió a nosotros, pero al revés, se dice: ¡Gringo bruto! Como usté, por ejemplo.

BEATRIZ.—(Entrando después de haber hecho un mutis prolongado en el foro, despidiendo a Flora y Nicanor.) ¿Ya están otra vez? (A Pantaleona.) ¿No te han dicho a vos que no armés discusiones?

PANTALEONA.—Si es ese... (Acentuando despreciativamente el final.)

BEATRIZ.—¡Bueno!... ¡Se acabó!...

PANTALEONA.—Qué se habrá figurao este gringo mal criao que me va a llevar por delante, como carretilla'e mano... (Vase rezongando por derecha.)

GUIDO.—¡Vieja... sinvergüenza!

BEATRIZ.—(Después de una breve pausa.) Bueno... ya podía ir hablando. ¿No tenía tanto apuro?

GUIDO.—Apuro... Bien me parece que tiempo no falta para gastar atenciones con amigos como esos...

BEATRIZ.—¿Qué dice?

GUIDO.—En cambio, no hay que perder tiempo

para dar fin a esta situación por demás angustiosa y terrible, en la que se está jugando la suerte de mi pobre hijo. (Don Guido se sienta e invita a Beatriz a hacer lo mismo. Beatriz lo hace nerviosa.) Beatriz: Usté no observa la conduta que debe observar una señora de su casa para con su marido.

BEATRIZ. – ¿Me va'dar lecciones usté?

GUIDO.— (En tono amable.) Dejemé hablar... Faustino no porque sea m'hijo, pero todo el mundo reconoce que era un hombre bueno, trabajador y sin vicios. Conoció a usté... no sé dónde, ni quiero saberlo, pero sí sé, que al darle su nombre la ha elevado...

BEATRIZ.— ¡Ah, sí!... (Con ironía.) ¡A tipógrafa!

GLIDO.— A algo más alto... ¡a señora del tipógrafo!...

BEATRIZ.— (Poniéndose de pie.) ¿Eso es todo lo que tiene que decirme?

GUIDO.— Escúcheme con paciencia.

BEATRIZ.—Sí, ya sé, que ando en boca de toda esa camarilla de amigos de ustedes, que más les convendría ocuparse de sus porquerías y miserias, que ya tienen bastante, sin ocuparse de las ajenas. Pero tienen razón. ¡Es claro! El otro va mendigando lástima, haciendosé la víctima, mientras usté como buen padre lo apoya y lo proteje... ¡Qué pueden decir ellos!... Nadie sino él, provoca a diario un motivo de disgusto. Que si salgo o no

salgo. Que si recibo tal o cual visita. Que si tengo muñeca y me paso el tiempo con ella sin hacer otra cosa y por fin, hasta Pantaleona le estorba, que ha sido siempre una madre para mí esa pobre vieja. Y pa que vea usté si tiene razón ese... borracho; el pedazo de pan que hoy se come en esta casa se lo debemos a Pantaleona!

GUIDO.—(Impaciente) Pero, digamé una cosa. ¿Tiene rentas esa... señora?

BEATRIZ.—No, no tiene rentas, pero tiene buenas relaciones que la ayudan, ¿sabe?

GUIDO.—¡Dejemé de zonceras!... Usté sabe bien que esa vieja no se ocupa en nada bueno. (Marcadamente sentencioso.) ¡Usté... lo sabe bien...!

BEATRIZ.—¿Qué quiere decir con eso?

GUIDO.—¡Ya me comprende usté!...

BEATRIZ.—Lo que comprendo yo, es, que usté debería tener una medida pa sus palabras! ¡Qué embromar! Todo el mundo tiene derecho en esta casa a bochornarme a cada paso. (Sollozando.) ¿Qué se pretenden con eso?

GUIDO.—Beatriz, usté ha interpretado mis palabras con demasiado amor propio, con los escrúpulos de la mujer culpable. Digamé Beatriz. ¿Por qué no hace a un lado toda ésa canalla de amigos? Esos van detrás de su huella, escondidos en su propia sombra, tratando envidiosos de hacer llegar hasta usté

sus salpicaduras! Esos compadritos con Resaca a la cabeza, ¡sobre todo ese maldito Resaca!, que la sigue a usted como un mal presagio y que no vienen más que a escandalizar con sus guitarras, sus canciones y sus bailes inmorales y esas amigas que los acompañan, son los que le dan mal nombre a usté, Beatriz. Usté no es más... lo que fué. Es una señora con los mismos derechos de todas, pero también con las mismas obligaciones y deberes. La gente murmura... y hay más de uno que no lo llama por su nombre al pobre hijo... otro muy infamante! ¿El pobre qué va a hacer? Necesita trastornar su cabeza con alcohol, para olvidar cuanto menos. ¡Reflexione! ¿Qué puede hacer mi hijo, vejado y burlado por todo el mundo?... (Con dolor intenso.) Sus amígos lo dejan... los vecinos lo señalan y ríen maliciosamente a su paso, hasta los chicos de la calle le gritan!

BEATRIZ.—(Dejando traslucir su emoción.) Yo sé que tengo en gran parte la culpa, pero... él nunca me h'ablao así...

GUIDO.—Talvez... por no saber hacerlo...

BEATRIZ.—(Llorando.) ¡No! es que siempre me ha maltratao de palabra... yo, a las buenas... a las buenas soy buena...

GUIDO.—Ya sé que usted no es lo que aparenta.

(Aparte, poniéndose de pié.) Hay en su corazón montones de sentimientos buenos!

ESCENA IV

Dichos y **Faustino,** después **Pantaleona** y **Resaca**

FAUSTINO.—(Aparece por la derecha quedándose al lado de la puerta en ansiosa expectativa.)

GUIDO.—(A Faustino.) Faustino, como yo te lo decía! Había que saber llegarle al alma. ¡Tú no has sabido hacerlo!... No se muda así una planta, sin antes haber preparado convenientemente la tierra para ello, regándola con afectos, que es la vida para ella. (Reprendiéndolo cariñosamente.) Eres mal jardinero, puesto que también has querido obtener buen fruto de un árbol nunca podado y por consiguiente muy viciado. (Abrazándole y trayéndolo hacia Beatriz.) ¡Ahí la tienes! ¡Buena! ¡Tú no tomarás más! ¿eh? (Lo acaricia.) ¡Al trabajo! Ella respetará y será respetada. Con su cariño te dará alientos y volverá a esta casa con la confianza, la alegría de antes, que es el todo... la vida.

FAUSTINO.—(Adelantándose a Beatriz.) ¡Beatriz!...

BEATRIZ.—¡Faustino! (Pónese de pie y lánzase en sus brazos. Pausa.)

FAUSTINO.—(Hace sentar a Beatriz y él muy junto a ella.) ¡Gracias, Beatriz! Me devolverás la vida. No te podrás imaginar lo que he sufrido este último tiempo, pero ahora, todo se acabó! (Con entusiasmo.) Yo ya no tomaré más... voy a trabajar, pero a trabajar día y noche si es preciso, pa que no te falte nada, pa que estés contenta. Vas a ver que felices! Vamos'hacer que nos envidien todos! ¡todo el mundo! (Don Guido, mientras tanto, enjugándose las lágrimas, retírase lentamente hasta desaparecer por la puerta del foro.) ¿No es así, Beatriz?

BEATRIZ.—¡Sí!... Si te hacés bueno otra vez y trabajás, yo te voy a querer como al principio... ¿te acordás?

FAUSTINO.—¡Cómo no me voy a acordar! Si el cariño aquel, era el que me mantenía esperanzao. Si fueron aquellos tiempos los que me hicieron ver que vos no eras una desalmada, que eras buena y que me querías mucho. Por eso confiaba que mis desgracias se acabarían, como se acabaron, ¿no es verdad Beatriz?

BEATRIZ.—¡Sí! Como se acabaron los celos, ¿eh?

FAUSTINO.—¡Todo! (Cambiando el gesto súbitamente.) Bueno todo... todo no!... ¡Y pa qué no decírtelo! Me quema por dentro el recuerdo d'ese bandido! ¡Ese Resaca! ¡Que me ha hecho el más desgraciao de los hom-

bres! Todavía lo veo, que se nos aparece como una sombra entre los dos! ¡Que no se aparta! ¡Que no nos deja ser felices! Hasta me parece que su nombre nos persigue! Que l'oigo a cada rato pregonao por él mismo, como un alarde de su triunfo y mi vergüenza!... (Dirige a Beatriz una mirada penetrante que ella no sostiene, y después, como queriendo desechar malas ideas, mueve la cabeza tristemente y la deja caer sobre el hombro de Beatriz. Pantaleona aparece por derecha y al ver a Beatriz y Faustino en esa situación, se queda contemplándolos, moviendo la cabeza y haciendo mohines de despecho.)

RESACA.—(Desde la puerta del foro con voz fuerte y pregonante.) ¡Resaca y tíerra negra pa las plantas! .. (Faustino al oir el grito pónese de pie como electrizado. Beatriz quédase confusa. Faustino pasea su mirada severamente interrogante entre una y otra.)

PANTALEONA.—Quédase un momento indecisa, procurando sonreir, después, como tomando una resolución repentina, se acerca a la puerta izquierda, desde donde dice a Resaca expresivamente.) ¡No!... no se precisa... nada... marchante...

RESACA.—(Sonriendo sarcástica y maliciosamente.) Percato... (Vase.)

FAUSTINO.—(A Pantaleona con mordacidad.) Con

qué... marchante!... ¡¿A esta hora?! ¡¡Por qué no le has dicho que sí!! Que se precisa Resaca, que no hay bastante todavía contigo! Pero estaba yo aquí, ¿verdá? No podías darle entrada. ¿Son las órdenes que te han dao?... (Con ira.) Pa eso estás en esta casa, comiendo de mi pan, ¿no?... pa eso, vieja miserable y maldita!

BEATRIZ.—¿Y ahora?... ¿a qué viene eso?

FAUSTINO.—¡Callate vos también!

BEATRIZ.—Por qué me voy a callar, si me faltas a mí y a esa pobre vieja, que nada te ha hecho.

FAUSTINO.—(Tomando furiosamente por una muñeca a Beatriz.) ¿Por qué la defendés vos? por qué... ¡Hablá perra!

BEATRIZ.—(Haciendo un esfuerzo violento.) ¡Oh! ¡Soltame!

PANTALEONA.—¡Canalla! ¡Qué se habrá creido!

FAUSTINO.—(Exasperado y amenazante a Pantaleona.) ¡¡Andá, llamalo, andá!! ¡Andá vieja lengua'e trapo! ¡¡Andá!! ¡¡Andá te digo!!... (Toma una silla y la levanta en alto, como queriendo descargar un rudo golpe sobre Pantaleona.)

BEATRIZ.—(Interponiéndose resueltamente entre los dos.) No quiero que vaya!... (Acentuando la última sílaba.) ¡¡No lo quiero yo!! ¿me entendés?

FAUSTINO.—(Ahogando un grito de sopresa y do-

lor.) ¡¡Eh!! (Dejando caer la silla de la mano anonadado.) ¡¡Te entiendo!!... (Con voz desfallecida.) Te entiendo... (Pausa. Sin elevar mucho el tono de voz, dolorosamente irónico a Pantaleona.) ¡Andá, Pantaleona, andá!... Avisale que aquí precisan... resaca... ¡andá!... (Encaminándose hacia la puerta izquierda, con desaliento y desesperación.) ¡Cómo se le ha de llegar al alma si no la tiene! ¡Si es una desalmada! (Trasponiendo la puerta.) Y yo, desgraciao de mí, que pensaba hacer de esa piltrafa una mujer honrada!... (Vase izquierda.)

ESCENA V

Beatriz, Pantaleona, después **Resaca**

PANTALEONA. — (Llorando amargamente, dejando oir sollozos intermitentes.) Ese... es... el pago... que una recibe... por ser buena!!...

BEATRIZ. — ¿Y eso? ¿te has vuelto loca vos también?

PANTALEONA. — ¡Yo siempre tengo que pagar el pato! (Enjugándose las lágrimas prontamente y en tono brusco.) ¡Es al ñudo!... ¡No se puede hacer servicios a náides en este mundo!

RESACA.—(Desde la puerta del foro, mirando hacia el lado que desapareció Faustino.) ¡Ah, mozo lindo!... Sabe largarse a tiempo. ¡Ni enseñao que estuviera!... (En voz alta.) ¡¡Resaca!!... (Cambiando de tono.) ¿Pa qué voy a gastar la gola?... (Entra resueltamente a escena, pero antes de enfrentar la puerta de la habitación debe decir:)

PANTALEONA.—¡Ahí lo tenés!...

BEATRIZ.—Hacelo entrar...

PANTALEONA.—¿Yo?... ¡Estás bien fresca vos!... (Vase apresuradamente por derecha.)

RESACA.—(Desde la puerta.) ¿Está completo o hay asiento pa uno?...

BEATRIZ.—Entrá, sentate...

RESACA.—¿Y?... ¿Qué hay?... ¿qué pasa?... Ya sabés que no me gusta morfar escrachos. Si las voy de colao, no precisás poner cara fiera; me espianto, y se acabó.

BEATRIZ.—¿Pa dónde agarró? (Refiriéndose a Faustino.)

RESACA.—(Señalando.) P'aquel lao.

BEATRIZ.—¿Te vió?...

RESACA.—¡Cualquier yurno! Me hice ovillo en la esquina. ¿Qué ha'bido? Pareció que la iba de gran estrilo.

BEATRIZ.—¿Qué querés que háiga? Lo de siempre. ¡No ha hecho más que sentirte y se puso como loco! ¡Si no es por mí, sabe Dios como sale la vieja!

RESACA.—¡Oido!

BEATRIZ.—Recién se ha podido desahogar la pobre. Con el susto ni atinó a defenderse; ni ¡ay! dijo.

RESACA.—¿Estaba hecho?

BEATRIZ.—Más fresco que yo.

RESACA.—¡Ah! ¿entonces ya no precisa escabiar pa juntar rabia?... Es bueno tenerlo presente. A lo mejor, estos mulitas salen sentando la pata ancha y se la dan sin sentirlo a uno. Así me pasó con el tano aquél, ¿te acordás?... ¿cuándo se asentó el barbijo?

BEATRIZ.—¿Empezás a tenerle miedo?...

RESACA.—¡Avisá! ¿Qué miedo le vi'a tener, qué miedo?... Cuando sé que siempre ha necesitao encurdelarse hasta la médula pa querer decirme algo y eso... tampoco directamente. Le vi'á tener miedo... (Mirando con desconfianza hacia el lado en que desapareció Faustino. Breve pausa.) ¿Y vos, qué pensás hacer a todo esto?

BEATRIZ.—No sé... Hay veces que me dan ganas de mandar todo al diablo.

RESACA.—Si vos, es inútil, salís de mi lao y es pa jetta! Te me alzás por que yo soy malo, pero sos de vuelo corto, revoloteás de un lao pal otro y al fin volvés a caer... a lo malo. ¡Es inútil!... ¡Mirá! ¿querés que te dé un consejo? ¡Dejalo! Venite al cotorro conmigo, hasta que te encuentre ubicación, que

será rápido, en cuanto vos lo quieras, por que, áura tenés cartel: ¡mujer casada!...

PANTALEONA.—(Apareciendo por derecha.) ¿Qué decís, malevo?

RESACA.—Que querés que diga, que querés...

PANTALEONA.—¿Te han contao el programa que se nos hizo hoy?

RESACA.—¿Lo de la bronca? ¡Ya lo sé! ¡Cómo te han puesto vieja!. . (Ríe burlescamente.)

PANTALEONA.—No ché... eso no es nada. Que te cuente lo otro. (Hace ademanes expresivos de abrazos, refiriéndose a la conciliación de Beatriz y Faustino.)

Beatriz.—¿Y, qué le voy a contar?

PANTALEONA.—No sé, vos sabrás!

BEATRIZ.- ¡Oh, no seas pava!...

PANTALEONA.—(A Resaca.) La cuestión es que si vos no aportás hoy por acá, la farra se malogra. En una de esas me aparezco, me la encuentro a ésta tirándoselas de Magdalena, abrazaos, prendida con el otro, que también las iba de Cristo... Montana.

BEATRIZ.—¿Y de ahí? ¿Quién te dijo a vos que por eso me había echao atrás?... ¡Hablá!...

PANTALEONA.—¡Nadie! Pero pa eso no se precisa ser muy despabilada. Dentrando vos en un arreglo con el otro, ya se sabe *iso pato,* que acatás sus desigencias, (Refiriéndose a ella y Resaca.) ¡espiante de todos nosotros!

BEATRIZ.—¡Mirá... callate!... Vos andás buscan-

do... desquite conmigo... y te la vas a ganar! ¡Seguí nomás!...

PANTALEONA.—¡Cuidao!... No me vayas a castigar...

BEATRIZ.—(Hace un ademán de amenaza.)

RESACA.—¡Bueno!... ¡Se acabó!... Respeten siquiera que hay visita.

PANTALEONA.—(Rezongando vase hasta la puerta izquierda, donde quédase mirando al exterior malhumorada.)

RESACA.—¡Y vamos a ver! ¿Qué determinás vos? ¿Traigo los muchachos o no?

BEATRIZ.—(Poniéndose de pie y resueltamente.) ¡Sí, traelos!... ¡Con música, con mucha música!... Quiero divertirme, bailar, reir como hace tiempo no lo hago, quiero acabar una vez con esta vida estúpida!

RESACA.—¿Lo decís de veras, mi prenda?

BEATRIZ.—¡Ya lo verás!... Que vengan todos, y traete mucha ginebra...

RESACA.—¡Así me gusta verte, mi vida!... Es así como me gustas... (Se acerca a Beatriz y la abraza. Cariñoso.) ¡El tiempo que me has tenido penando por una viaraza así! ¡Si hasta te ponés más linda!... Si vos no has nacido p'hacer esta vida triste, entre gente que te mira con desconfianza, estirando la mano como pedigüeña llorando amistades, p'hacer la decente... Vos, creeme, a lo que te criaste,

que ahí está la vida!... y yo con vos... ¿te gusta?... (Le da un beso.)

PANTALEONA.—¡Eso es!... ¡Muy lindo!... ¿No sabés respetar, che?...

RESACA.—(Intentando darle un beso.) A vos también pa que te quedés contenta...

PANTALEONA.—(Aparentando disgusto.) No te pasés conmigo, ¿eh?

RESACA.—(Riendo.) Bueno... Hasta luego, entonces...

BEATRIZ.—¡No tardés!

RESACA.—¡Rápido! ¡Aprontensén nomás! (Vase silbando un tango, por el foro.)

PANTALEONA.—(A Beatriz, que hace ademán de marcharse hacia el interior.) Che, y... ¿si viene el otro?

BEATRIZ.—¡Y que venga! (Vase por derecha.)

PANTALEONA.—(Hace una breve pausa, mirando hacia el lado que desapareció Beatriz y después encogiéndose de hombros. Tratando de imitar a Beatriz.) ¡Bueno... y que venga! (Alegrándose súbitamente.) ¡La cuestión es que hay farra! Me voy'hacer un toilete, ¡así!, pa darselá en el coco a más de una d'esas que se las tiran de niña! (Se coloca frente al espejo, pintándose y alisándose el cabello. Después impaciente.) ¡Pucha con mis greñas! ¡Qué rabia me da!... ¡Cómo se me enrieda este maldito pelo!... ¡Uy!... ¡Si pa-

rece un revolcadero de gatos! (Tironeándose.) ¡Uy, uy, uuuy!

ESCENA VI

Pantaleona y **María Ester**

ESTER.—(Aparece por el foro y al enfrentar a la puerta de la habitación dice.) Pero vieja, va'alborotar todo el barrio p'alisarse esos cuatro pelos locos!

PANTALEONA.—¡Hola, María Ester! ¿Cómo te va? ¡Qué milagro! ¡Tan perdida!

ESTER.—Como de costumbre...

PANTALEONA.—No... sin intención, ché... ¿Pero qué?... ¿ya andás suelta?...

ESTER.—No... Me he quedao viudita por unos días. El Rubio se embarcó anoche pa Montevideo... ¡Che!... pero te has mudao por unos barrios que dan miedo.

PANTALEONA.—¿Y cómo supiste?...

ESTER.—Por la Mercedes. De allá vengo.

PANTALEONA.—¡Qué María Ester! Ayer me estaba acordando de vos...

ESTER.—¿Con quién?

PANTALEONA.—No... yo sola. Me decía, ¿qué será de la vida de María Ester, que no aparece más por mi casa?... ¡Es claro!... como

ahora está bien, ya no se acuerda más de los pobres...

ESTER.— No podés decir eso, ya sabés que yo no soy como las otras. Siempre por venir, pero, como el otro es así... ¿sabés?

PANTALEONA.— ¿Siempre celoso, ché?

ESTER.— Uy... no te podés imaginar. ¡Cada día peor!

PANTALEONA.— Ché... pero estoy hecha una atorranta... Con tu permiso, ¿eh?... porque áura nomás van a cair los invitados... (Se coloca frente al espejo a terminar su toilette.)

ESTER.— ¿Invitados decís, ché?... ¿Para?...

PANTALEONA.— Estamos por dar unas güeltas.

ESTER.— ¿Festejando...?

PANTALEONA.— ¡Nada! P'hacer un poco e'música.

ESTER.— ¿Y quiénes vienen, ché? ¿Algún muchacho conocido?

PANTALEONA.— ¿Conocido?... Sí... (Aparte.) en la Nueva.

ESTER.— ¡Ché! ¿y el marido de Beatriz?

PANTALEONA.— Se acaba de dir, pero ha de cáir...

ESTER.— ¡Ah! ¿él también entra en la farra?

PANTALEONA.— Dentrar no dentra, pero se va'encontrar con la farra armada, ¿y qué va'hacer? Agarrar una bronca muda y meterse en la cama, si no le dá por irse y volver al otro día, remojao por adentro y afuera como un biscocho al rum.

ESTER.— Qué lástima'e mozo, cómo toma...

PANTALEONA.— Así son todos estos, muy callaos... Al principio era muy bueno, ¿te acordás? cuando de soltero la visitaba a Beatriz allá, en lo de Mamerta. ¡Es claro!... ¡una vez por semana todos son buenos!... ¡por más que a mí nunca me engañó él!... Pero Beatriz, sabés como es... así... (Apocando la voz.) ¡Oh!... pero lo que es áura está bastante arrepentida.

ESTER.— Sí, pero como quiera que sea, está casada. (Lanzando un suspiro.) ¡No todas tenemos esa suerte!

PANTALEONA.— ¿Y áura?... Avisá vos también... ¡Mirate en mi espejo, ché! Yo nunca m'he casao y gracias a Dios, nunca he precisao de ningún hombre pa darme güelta! Siempre m'he sabido mover sola.

ESTER.— ¡Oh! pero no me digás, ché... Es tan lindo tener un hombre que la quiera...

PANTALEONA.— Vos no te podés quejar. ¿Cuándo te ha faltao?

ESTER.— Faltao, no me ha faltao, pero no uno efectivo, todo cariño, todo bondad como yo lo sueño. Que no piense más que en mí, que no pueda vivir un minuto sin mí, con un camote loco, que no pueda andar sin mí, que no vea la luz sin mí, en fin...

PANTALEONA.— En fin... ¡un acoplao!... Voy viendo que ni pintada podés salir igual a la otra.

¡No pueden negar que han sido condiscípulas! ¡Lástima'e carrera! ¡A estas horas ya podrían ser Madres abadesas!, con las llaves y todo.

ESTER.—¡Ah! Pantaleona... Con vos no se puede hablar dos palabras en serio. (Al terminar estas palabras, se oirá una música lejana. Ésta será de uno o dos mandolines y varias guitarras.)

PANTALEONA.—¿En serio? ¡Cómo no! pero, después de la farra, porque ahí vienen los músicos. Quedate y ya verás como no salís de la estación, aunque más no sea con coche pa obreros, si no hay acoplao de lujo!

ESCENA VII

Dichos y Beatriz, Resaca, Bordona, Nicanor, Flora e Invitados

BEATRIZ.—(Por derecha.) ¡Los músicos!... (A María Ester.) ¡Hola!... ¿cómo te va María Ester? No podías caer más a tiempo. ¿Te quedás? ¡Hay farra!

ESTER.—¡Ni que hablar!

Aparece por el foro una pequeña rondalla encabezada por Resaca y seguido de Nicanor, Flora y dos o tres parejas más. Entran

todos a la habitación, ejecutando la marcha que percibióse a lo lejos. Al terminar, se adelanta Resaca y presenta al guitarrero.

RESACA.—(Al guitarrero.) Voy a presentarle a la dueña'casa. Beatriz: el guitarrero de más fama de estos últimos tiempos. Toca por prima, del primero al último de los aires criollos y dende el «Arrorró» hasta «Isabeau», que es la ópera mejor de todas las escribidas en italiano. En eso estoy con Mascaña.

GUITARRERO.—(Adelantándose y tendiéndole la mano.) Primogénito Bordona, pa servirla.

BEATRIZ.—Igualmente. Me alegro mucho de tener hoy reunidos en mi casa a un gran músico y a un gran bailarín. ¡Nicanor!... (Éste se adelanta.) Están presentados. Y áura pa no dejarme mal con todos estos amigos, usté, (Al guitarrero.) ya puede ir rascando un tango pa que lo baile Nicanor con Flora.

VARIOS.—¡Bien pensado! ¡Lindo nomás! ¡Que bailen!...

GUITARRERO.—(Pidiendo atención.) ¡Permitasemé! (Con énfasis a Beatriz.) Usté señora por lo visto se ha confundido. Aquí el amigo Resaca me acaba'e priesentar, y si no me fallan mis óidos, ha dicho: ¡un guitarrero'e fama!, y usté me sale confundiendo con un musicante'estos (Señalando a los otros músicos.) cualesquiera!

NICANOR.—Perdone amigo si le interrumpo su palabra honrada, pero, por lo visto, el confundido es usté. Aquí se encontramos en el cotorro de una criolla (Señalándola.), doña Beatriz, más conocida por mal nombre: «La Voladora». Le hago esta aclaración porque asigún parece, usté se ha largao con paso cambiao, como pa dir a dar un concierto al salón del príncipe don Jorge. (Risas.)

PANTALEONA.—¿Y de áhi? ¿por qué no había de ser cierto? Este joven, feo como es y todo, puede muy bien ser un fiel intérprete de Mas... caña y no serlo de Villoldo o de Payá...

NICANOR.—Vea vieja... ¡Aquí lo que queremos es música de aquí, criolla! ¿Me entiende? Y no que se nos venga con un tango alemán que ni Jesucristo lo piernea.

GUITARRERO.—(Haciendo ademán de irse.) Yo, con el permiso de los señores, me voy a retirar, porque, por lo visto, aquí no se me comprende.

RESACA—. (Que habrá demostrado mucha nerviosidad durante el diálogo que antecede, demostrando siempre mayor agresividad hacia Nicanor.) ¡Alto ahí!... ¡De aquí no se mueve náides! Vos vas a tocar aquí pa que te oigan todos estos brutos y sepan apreciar tu valía. Dispués si quieren bailar ahí están los otros. ¡Pa eso t'he traido y se acabó! Y al

que no le guste que se espiante. (Mirando provocativamente a Nicanor.) ¡Aquí no se ha conchavao a ninguno! (Acercando una silla.) Ensillate y arrancate con algo bueno y sentido, que aquí no va'faltar quien te comprienda.

GUITARRERO.—(Se sienta y hace oir con la guitarra una pieza vulgar criolla, mal ejecutada, durante la cual Nicanor, dando muestras de impaciencia, bostezará fuertemente.)

PANTALEONA.—(Interrumpirá al guitarrero con un «muy bien» irónico.)

NICANOR.—¡Se acabó el concierto!... ¡A bailar!

VARIOS.—Eso es; a bailar!

RESACA.—(A Nicanor.) ¿Estás muy apurao vos?

NICANOR.—¡Es claro! ¿Pa qué semos venido?...

RESACA.—Aquí semos venido pa divertirse sí, pero no pa verte florear a vos solo...

NICANOR.—No, si todos vamos a bailar.

RESACA.—Pero... ninguno te va a hacer sombra, por eso estás tan compadre y empeñao.

NICANOR.—¿Y de áhi? Qué culpa tengo yo que todos sean una punta'masetas.

RESACA.—(Provocativo.) ¿Eso va por mí?

NICANOR.—(Replicando en el mismo tono y haciendo ademán de sacar armas.) ¡Por vos mismo!...

(Beatriz y Flora lanzan un grito y van a contener a sus respectivos amantes, que han sacado el cuchillo.)

FLORA.—¡Nicanor!

BEATRIZ.—¡Resaca... respetá mi casa!

NICANOR.—¡Compadrón!

RESACA.—¡Si me ha provocao!

NICANOR.—¡Miente!...

BEATRIZ.—¡Bueno!... ¡Se acabó!... ¡No van'apren der a ser gente nunca! (A Nicanor.) Guarde ese cuchillo!... (A Resaca.) ¡Vos también!... ¡Desen la mano y aquí naides es más que otro! ¡Y aura a bailar!

NICANOR.—¡A mi juego me llamaron! (Corriendo hacia su compañera.)

BEATRIZ.—(A Resaca.) Yo con vos y Flora con Nicanor!... (Formando las parejas.) ¡Así... por parejas la vamos a discutir! ¡Vamos, Resaca, que si aquel (Por Nicanor.) está engréido de su valer, yo no quiero ser menos, y en yunta los vamos a dejár como tachuelas!

PANTALEONA.—¡Así me gusta!... ¡Doy la fila con mi gallita! (Suenan los instrumentos y las dos parejas bailan con corte, haciéndoles rueda los demás, quienes harán oir exclamaciones y requiebros de aliento, en cada quebrada de los contrincantes.)

ESCENA IX

Dichos y Faustino

FAUSTINO.—(Aparece por el foro. Viene ebrio y quédase apoyado a la puerta del foro. Breves instantes después, percibiendo la música, penetra dando traspiés a escena, hasta enfrentar la puerta de la habitación. Demostrando mucha indecisión, una y dos veces va a entrar y retrocede. Toma de pronto una resolución violenta y empujando la puerta, penetra a la habitación. Al ver a Beatriz bailando con Resaca, se precipita sobre ellos y los separa bruscamente. Resaca repele la agresión con la misma violencia y de un empellón arroja a Faustino al suelo. Éste se pone de pie.) ¡Fuera de mi casa! ¡¡Fuera!! (Quiere abalanzarse sobre Resaca y éste lo detiene sacando el cuchillo.)

RESACA.—¡Atrás o te parto el alma!

FAUSTINO.—(Dando un grito paroxismal.) ¡Fuera he dicho!... (Corre hacia el interior y reaparece armado de un revólver, con el que apunta a todos con intención de hacer fuego. Las mujeres, dando gritos de angustia, sa-

len atropellándose y desaparecen por el foro.)

NICANOR.—¿Por quién lo dice?...

FAUSTINO.—¡Por todos ustdes! ¡¡Resaca!! (Nicanor, tironeado por Flora, sale de la habitación y una vez en el patio, dice.)

NICANOR.—¡Si no fuera por perderme!... (Vanse los dos por el foro. Resaca ha ido retrocediendo sin dar la espalda hasta la puerta de la habitación, y desde allí mira fijamente, con una mirada de espanto, a Faustino.)

FAUSTINO.—(A Resaca y Beatriz, después de bajar el arma y muy sobreexcitado.) ¡Han visto!... ¡¡¡Todavía me quedan fuerzas!!! (Golpeando el arma.) ¡¡Esta, con la que puedo a los dos!! ¡Esta! (Arrojando el arma y con intenso dolor y desaliento.) ¡Pero... pa qué! ¡pa qué! (Déjase caer sollozando en una silla y con la cabeza entre las manos. Resaca, al ver desarmado a Faustino, intenta agredirlo, pero es detenido por Beatriz, que se interpone entre los dos.)

RESACA.—(A Beatriz.) ¡Venite! ¡Dejá ese loco!... (Breve pausa, donde sólo percíbese los sollozos de Faustino. Beatriz y Resaca salen subrepticiamente de la habitación y después de algunas indecisiones de Beatriz que vuelve la cabeza azorada llegan hasta la puerta del foro, donde se encoge de hombros y desaparece con Resaca.)

FAUSTINO.—(Levanta la cabeza de pronto, mira lleno de inquietud a un lado y a otro, después corriendo desesperado hasta la puerta derecha y hasta la del patio, con gran zozobra grita.) ¡¡Beatriz!! (Alzando más la voz.) ¡¡Beatriz!!!... (Asaltado repentinamente por una idea siniestra, toma el arma y sale precipitadamente por el foro, dando un nuevo grito. Sin pérdida de tiempo, se oye una detonación y a la distancia óyese un grito desgarrador de Beatriz. Inmediatamente después, entra Faustino a escena, hasta la mitad más o menos del patio, con el semblante descompuesto, pasos inseguros, respirando fatigosamente, con la vista fija en el suelo se detiene, pasándose nerviosamente entre sus cabellos los dedos de su mano izquierda. Después, al darse cuenta que aun conserva en la mano el arma, la arroja con gran aprensión.)

ESCENA ÚLTIMA

Faustino y Don Guido

GUIDO.—(Aparece por el foro y corriendo hacia su hijo, con desesperación dice.) ¡Faustino!...

¡Faustino! ¿Qué has hecho, hijo mío?... ¿Por qué has hecho eso?... ¿Por qué?

FAUSTINO.—(Jadeante y con voz trémula.) Se llevaba mi nombre a revolcarlo en los andurriales de su vida pasada. (Con emoción intensa y llorando.) ¡Se llevaba mi amor! ¡¡Porque yo la quería, padre!! ¡¡la quería!!...

TELÓN